

TRABAJADORES URBANOS Y SINDICATOS EN CHILE: 1902-1927

Peter DeShazo

Traducción de
Pablo Larach



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA

ÍNDICE

Siglas y abreviaturas	11
Agradecimientos	15
Introducción	17
URBANIZACIÓN E INDUSTRIALIZACIÓN	31
<i>Urbanización</i>	31
<i>Industrialización</i>	38
<i>La fuerza laboral</i>	47
EL TRABAJO EN LA CIUDAD	55
<i>Contratación laboral</i>	55
<i>Calificación laboral y trabajo realizado</i>	58
<i>Salarios</i>	63
<i>Los horarios de trabajo</i>	71
<i>Condiciones del lugar de trabajo</i>	74
<i>El desempleo y los puestos laborales</i>	81
<i>Los empleadores y su ideología</i>	88
<i>Conclusión</i>	94
LAS CONDICIONES DE VIDA DE LA CLASE OBRERA URBANA	99
<i>Vivienda</i>	99
<i>La dieta y el costo de vida</i>	109
<i>Vestuario</i>	114
<i>Salud</i>	115
<i>Las mujeres y la familia</i>	118
<i>Educación</i>	122

<i>Creencias religiosas</i>	125
<i>Esparcimiento</i>	127
<i>Alcoholismo</i>	130
<i>Criminalidad</i>	133
<i>Crédito</i>	135
<i>Conclusión</i>	137

EL SURGIMIENTO DE LOS SINDICATOS,
1902-1908

	141
<i>Los trabajadores organizados antes de 1902</i>	142
<i>El impulso al sindicalismo, 1902-1907</i>	151
<i>Huelgas, 1902-1908</i>	159
<i>La escena laboral de la nación</i>	173
<i>Estadísticas de huelgas, 1902-1908</i>	174
<i>El trabajo en declive</i>	177
<i>La política y los trabajadores urbanos</i>	179
<i>Las elites y la cuestión social</i>	185

DECADENCIA, RECUPERACIÓN Y DEPRESIÓN,
1909-1916

	193
<i>Los sindicatos</i>	193
<i>Huelgas</i>	202
<i>Los trabajadores y la política</i>	207
<i>Las elites y los trabajadores</i>	209

ÉXITO ORGANIZATIVO,
1917-1920

	215
<i>El ímpetu sindicalista</i>	216
<i>Acción mancomunada</i>	230
<i>Huelgas</i>	238
<i>Los trabajadores y las elecciones de 1920</i>	250

DEPRESIÓN Y DECLIVE, 1920-1923

	257
<i>La represión de Sanfuentes</i>	257
<i>La luna de miel</i>	265
<i>La contraofensiva de los empleadores</i>	269
<i>El tamaño de los sindicatos</i>	277
<i>El avance de la ideología</i>	286

LEYES LABORALES, POLÍTICA Y REPRESIÓN,
1924-1927

	299
<i>Los sindicatos y las huelgas</i>	300
<i>Movilizaciones en masa, cooptación y represión</i>	308
<i>La política de la clase obrera</i>	320
<i>El fin de una era</i>	329

CONCLUSIÓN:
CRECIMIENTO Y NATURALEZA
DEL MOVIMIENTO OBRERO

	339
<i>Los sindicatos y los empleadores</i>	345
<i>El conflicto industrial</i>	346
<i>Las organizaciones laborales y el Estado</i>	353
<i>La legalidad del movimiento obrero</i>	357

ANEXOS

<i>Anexo N° 1: Huelgas en Santiago y Valparaíso, 1902-1925</i>	363
<i>Anexo N° 2: Simpatizantes anarcosindicalistas y anarquistas que tenían posiciones de importancia en el PS (1933-1940)</i>	377
<i>Fuentes y bibliografía</i>	379

SIGLAS Y ABREVIATURAS

ADGT	Archivo de la Dirección General del Trabajo, Santiago
<i>AE</i>	<i>Anuario Estadístico</i> , Santiago
AIT	
AIV	Archivo Intendencia de Valparaíso
A.M.	Ante Meridiano
ANCh	Archivo Nacional, Santiago
AOAN	Asamblea Obrera de Alimentación Nacional
<i>BOT</i>	<i>Boletín de la Oficina del Trabajo</i> , Santiago
<i>BSOFOFA</i>	<i>Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril</i> , Santiago
¢	centavos
CCU	Compañía de Cervecerías Unidas
CSAV	Compañía Sud Americana de Vapores
D	Departamento
DGT	Dirección General del Trabajo
EE.UU.	Estados Unidos de Norteamérica
etc.	etcétera
FECh	Federación de Estudiantes de Chile
FOCh	Federación Obrera de Chile
FOI(Ch)	Federación de Obreros de Imprenta de Chile
FOOC <i>a veces</i> FZA, UIC	Federación de Obreros y Obreras en Calzado
FORA	Federación Obrera Regional Argentina
FORCh	Federación Obrera Regional de Chile
FTCh	Federación de Trabajadores de Chile
FZA <i>a veces</i> FOOC, UIC	Federación de Zapateros y Aparadoras
ISR	Internacional Sindical Roja
IISG	International Instituut voor Social Geschiedenis, Amsterdam

IWMA	International Working Men's Association
IWW	Industrial Workers of the World
Jr.	junior
l	litro
M	Municipio
m	metros
n.	nota
Nº	número
N. del T.	Nota del traductor
OT	Oficina del Trabajo
<i>op. cit.</i>	obra citada
p.	página
P	Provincia
PC	Partido Comunista de Chile
PD	Partido Demócrata
P.M.	Pasado meridiano
POS	Partido Obrero Socialista
pp.	páginas
PR	Partido Radical
PROFO	Public Record Office, Foreign Office, London
PSNC	Pacific Steam Navigation Company
RILU	Red International of Labor Unions
SE	<i>Síntesis Estadística</i> , Santiago
S/Ed.	sin editorial
SIG	
SOFOFA	Sociedad de Fomento Fabril
ss.	siguientes
UECh	Unión de Empleados de Chile
UIC a veces FZA, FOOC	Unión Industrial del Cuero
USNA	United State National Archives. Washington
USP	Unión Sindical de Panaderos
USRACH	Unión Social Republicana de Asalarados de Chile
vol.	volumen

*A mis hijos Andrea y Paul
y a mi nieta Lily*

AGRADECIMIENTOS

Me encuentro profundamente agradecido con mucha gente que me ayudó en este estudio, a quienes quisiera agradecer.

La investigación de campo la llevé a cabo en Holanda, Inglaterra y Chile durante 1974 y 1975 gracias al apoyo de la Fulbright-Hayes Commission. Thea Duijker, del Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam, fue muy generosa con su tiempo durante mi estadía en Amsterdam. Me encuentro completamente en deuda con mis amigos, María Saavedra, directora del Archivo de la Dirección General del Trabajo, y con Francisco Benimelli, encargado de la sección periódicos de la Biblioteca Nacional en Santiago. El difunto Patricio Estellé me concedió valiosos privilegios cuando dirigía el Archivo Nacional de Chile. También me gustaría agradecer al personal de las instituciones antes mencionadas, como también a aquéllos del Public Record Office en Londres, de la Biblioteca del Instituto Nacional de Estadísticas y de la Sociedad de Fomento Fabril en Santiago; a los de la Biblioteca del Congreso en Washington y a los de la Memorial Library of the University of Wisconsin-Madison.

Thomas E. Skidmore me ayudó de manera muy valiosa y en forma muy apreciada en cada etapa del estudio: planificación, financiamiento, investigación, escritura y preparación del texto para su publicación. Peter H. Smith, Richard U. Miller, Paul W. Drake y Richard J. Walter me ayudaron a través de sus valiosos comentarios que pudieron mejorar este estudio.

Otras personas que contribuyeron con su ayuda incluyen a Clotario Blest, Priscilla Grand, Bob Halstead, Luis Heredia, Gonzalo Izquierdo, Félix López, Luis Miranda, Agustín Pepay, Olga Pérez, Daniel Schweitzer, Larry Stickell y Nene Vega.

Como, asimismo, al Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos de Chile, y a todos quienes, de una u otra forma, hicieron, con su labor, posible esta versión en castellano.

Medellín, Colombia
Diciembre de 1981
Santiago, Chile
Noviembre de 2007

INTRODUCCIÓN

Este estudio trata del proletariado en las ciudades de Santiago y Valparaíso y de los sindicatos que éstos crearon. Comienza con la primera huelga registrada de una sociedad de resistencia en 1902, y termina en 1927 con la represión del movimiento obrero organizado a manos de Carlos Ibáñez.

Durante el cuarto de siglo en cuestión Chile sufrió cambios fundamentales y trascendentales en el cual la vida económica estuvo dominada por la industria salitrera, con lo que importantes fluctuaciones en la producción y exportación del mineral resultaron en una serie de ciclos de expansión y retroceso después de 1914. La manufactura local, la extracción de carbón, la extensión de los medios de transporte y los proyectos de construcción y obras públicas, dependían considerablemente de la capacidad de la industria salitrera en generar ingresos para el gobierno nacional. Ello, a través de un impuesto sobre la exportación de los minerales, el empleo de una gran fuerza laboral y el sostenimiento de una alta capacidad para importar los bienes de capital necesarios. Las crisis de la industria salitrera, causadas por la repentina pérdida de los mercados extranjeros, repercutieron sobre la economía en 1914, 1919 y 1921 provocando desempleo generalizado y la pérdida de bienestar para las clases media y proletaria. La inflación era un factor intrínseco de la economía chilena durante el período comprendido entre 1902 y 1927 sumándose a la miseria de los asalariados. La industria experimentaría su último momento de prosperidad en 1928-1929 para luego caer víctima de la gran depresión de 1930.

El crecimiento económico de principios del siglo xx estimuló el incremento en la migración de población rural al norte y a las ciudades de Santiago y Valparaíso, donde los nuevos trabajos que se estaban abriendo pagaban salarios mucho más altos de los que se ofrecían en el campo. Por esto el porcentaje de personas que vivía en las urbes creció rápidamente y Santiago se transformó en un importante centro urbano. Al formar la base de una nueva clase trabajadora urbana los emigrantes que provenían de los pueblos y del campo se adaptaron rápidamente a la vida en la capital.

Los perfiles de la economía y de la urbanización hicieron presión sobre la "República Parlamentaria", sistema político chileno establecido en 1891 luego de una sangrienta guerra civil. Una oligarquía de grandes terratenientes, financistas, dueños de minas y comerciantes controlaba la vida política a través de sus partidos tradicionales, de los cuales los dos más importantes eran el Conservador y el Liberal. Bajo la República Parlamentaria, el Congreso ejercía

un poder efectivo y el Presidente disfrutaba de una influencia muy limitada. El control del Congreso, que se adquiría generalmente juntando en coaliciones a los partidos grandes y pequeños con sus fracciones, era la clave del éxito. La legislación limitaba el sufragio a los hombres mayores de edad y letrados, por lo que se privaba de derechos civiles a la masa de trabajadores rurales y a una parte de la clase obrera urbana. Los partidos oligarcas frecuentemente compraban los votos de los trabajadores con derecho a sufragar por medio de un proceso llamado cohecho, transformando las elecciones parlamentarias y presidenciales en un carnaval de corrupción.

El sistema funcionó más o menos bien hasta que se vio amenazado por la frustración de la clase media y el creciente descontento de la clase obrera después de 1917. El deseo de un cambio socioeconómico sobrepasó la habilidad de las elites chilenas para reformar el sistema o incluso reprimir a aquéllos que lo amenazaban. Un golpe militar salvó a la República Parlamentaria de su autodestrucción en septiembre de 1924 y, la nueva constitución de 1925 propuesta en un clima de extrema presión social, afectó profundamente la tradicional influencia de los partidos oligarcas al dotar al Presidente de un gran poder a expensas del Congreso.

Los años 1902-1927 fueron testigos de un dramático cambio en el poder e influencia de la clase obrera chilena. La clase obrera organizada se levantó de un papel casi insignificante al comienzo del período, pasó a ser un demandante del poder político y económico. Un candente conflicto entre patrones y trabajadores forjó un sistema de *laissez-faire* en las relaciones industriales durante estos años, sistema que estimuló el crecimiento de sindicatos independientes y radicalizados, capaces de desencadenar olas de huelgas y de desestabilizar el orden establecido. Las elites se movieron finalmente en 1924 para limitar la independencia de la clase obrera mediante una serie de leyes pensadas para subyugar a los sindicatos bajo el dominio de los patrones y el Estado. Estas leyes laborales, las primeras de su tipo en Latinoamérica, sentaron las bases para un sistema de relaciones industriales –durante los años treinta– en el cual la política y la asociación electoral con el ala izquierda de los partidos políticos, en lugar de la negociación colectiva con los patrones, se convirtieron en importantes objetivos para los sindicatos.

Diversas razones hacen centrar la atención de este estudio en los trabajadores y sindicatos de las ciudades de la zona central. Durante este período, Santiago y Valparaíso eran interdependientes económica y financieramente. El puerto de Valparaíso era la estación de paso para bienes y personas que, ya sea entraban a Santiago o se iban al extranjero o a la zona salitrera del norte. La comunicación entre las dos ciudades era buena para los estándares de la época. Durante el primer cuarto del siglo xx, ambas ciudades tenían la mayor parte de los trabajadores industriales y de los establecimientos manufactureros de Chile, siendo aquí donde los sindicatos más importantes echaron sus raíces. Los trabajadores

de las ciudades de la zona central lideraron las huelgas en el ámbito nacional, sacudiendo de manera efectiva las bases socioeconómicas de la sociedad oligarca. El ambiente urbano de las ciudades de Santiago y Valparaíso también nutrió un movimiento anarcosindicalista que probó ser la fuerza más dinámica al momento de organizar a los trabajadores chilenos a lo largo del país.

Debido a esto, los trabajadores urbanos y las organizaciones de la clase obrera ejercieron una mayor influencia sobre el comportamiento de la elite, de lo que lo hicieron aquéllos en el norte o en el sur. Los líderes políticos vivían en Santiago y podían presenciar personalmente los mítines de la clase obrera, las manifestaciones del primero de mayo y las protestas, lo que les permitía medir el efecto de las huelgas. Grandes estallidos de violencia y huelgas en Valparaíso enviaban inmediatas ondas de choque a Santiago debido a la cercanía del puerto con la capital y a su interdependencia económica. Todas las huelgas, excepto las más prolongadas, violentas e importantes en otras partes del país, pasaban desapercibidas para las elites. Sólo después de que hubiese ocurrido una matanza y la situación se hubiese “normalizado” mediante la represión, éstas se enteraban de la gravedad de los disturbios en el norte y en el sur. Es por esto que los esfuerzos de la clase obrera en Santiago y Valparaíso tenía un mayor impacto al realizar estas manifestaciones en numerosas ocasiones. La protesta de Valparaíso en 1903 condujo a la inmediata introducción en el Congreso de la ley del “descanso dominical”, que no se aprobó hasta después de la huelga general de Santiago, en junio de 1907. La suspensión de un impopular impuesto sobre la carne importada argentina se produjo en la víspera de una gigantesca protesta en Santiago en diciembre de 1905. La ley de residencia de Subercaseaux, diseñada para poner freno a la “subversión” en el movimiento obrero, fue presentada al Congreso en julio de 1912, inmediatamente después de la exitosa manifestación del 1 de mayo, a la que se sumó un incidente terrorista en Santiago y una huelga general realizada en junio en Valparaíso. La ley de residencia de Jaramillo llegó al Congreso en medio de la huelga general de Valparaíso en 1917, siendo aprobada en noviembre de 1918, luego de una masiva reunión de la clase obrera en Santiago. La lista de tales relaciones de causa y efecto es larga y claramente demuestra que la elite presentaba y pasaba las leyes con respecto a la clase obrera reaccionando a los sucesos que ocurrían en las ciudades de la zona central.

Los lectores familiarizados con la historiografía de los movimientos sindicales en Chile encontrarán que las conclusiones a las que se llegan en este estudio van en contra de la mayoría de las interpretaciones anteriores. Una compilación de la literatura produciría la siguiente descripción estandarizada de la historia de la clase obrera a principios del siglo xx¹: El salitre alimentó a

¹ Esta visión ortodoxa de la historia de la clase obrera en Chile fue formulada por Hernán Ramírez Necochea y Julio César Jobet, historiadores oficiales de los partidos Comunista y So-

la economía chilena desde 1880 en adelante y, conforme a ello, se desarrolló el movimiento obrero en la zona salitrera del norte grande. Los trabajadores del salitre, radicalizados por las duras condiciones de trabajo y la explotación, en una industria controlada en gran parte por capitales británicos, se ubicaron a la vanguardia del movimiento obrero al organizar sindicatos combativos. En la primera década del siglo xx, los trabajadores salitreros y en los puertos del norte, fundaron las influyentes “mancomunales”, los más importantes sindicatos de Chile hasta esa fecha (véase mapa N°1). Estas mancomunales dirigieron una serie de huelgas en el norte que fueron rápidamente reprimidas por el gobierno. En 1909, los trabajadores conservadores fundaron la FOCh, organización que se convertiría en la federación obrera de mayor importancia en el país entre los años 1917 y 1927. Tres años después, los socialistas, insatisfechos con las políticas reformistas, dieron un gran salto al formar en Iquique el POS. Bajo la dirección de Luis Emilio Recabarren, quien controlaba tanto al POS como a los trabajadores salitreros, la FOCh fue ocupada por elementos socialistas lo que condujo a una grandiosa restauración del movimiento obrero organizado desde 1917 hasta 1921. Este proceso de radicalización se completó una vez que el POS se convirtió en el PC en enero de 1922, y la FOCh se unió a la Internacional Comunista.

Según la descripción estandarizada, existieron otros sindicatos fuera de la FOCh. Generalmente, eran pequeños gremios de artesanos o trabajado-

cialista, respectivamente. Hernán Ramírez N. hace breve mención de los acontecimientos del siglo xx en *Historia del Movimiento Obrero en Chile, siglo XIX*. En un libro posterior, titulado *Origen y Formación del Partido Comunista de Chile*, presenta esta visión en su forma más pura, ridiculizando despiadadamente a todas las organizaciones obreras por no haber contribuido al desarrollo del Partido Comunista. Julio C. Jobet, en *Luis Emilio Recabarren*, es notable y entendiblemente generoso con los anarcosindicalistas, sin embargo, describe al movimiento obrero como el producto de los esfuerzos de Luis E. Recabarren. Jorge Barria Serón en *Los movimientos sociales de principios del siglo, 1900-1910*, trabaja muy de cerca con Julio C. Jobet y finalmente alcanza conclusiones similares con respecto a la FOCh y Luis E. Recabarren en un libro posterior, *Los movimientos sociales en Chile desde 1910 hasta 1926*. En la *Historia del movimiento obrero*, de Luis Vitale, se sigue de cerca la visión ortodoxa. Un estudio posterior de Michael Monteón, *The Nitrate Miners and the Origins of the Chilean Left, 1880-1925*, se hace eco sobre tempranas reivindicaciones con respecto a que los trabajadores, el POS, la FOCh y Luis E. Recabarren fueron las fuerzas motrices detrás del movimiento obrero chileno. Aquellos que han estudiado otros aspectos o períodos de la historia chilena han usado a Julio César Jobet, Luis Vitale, Hernán Ramírez Necochea, Jorge Barria Serón y otras fuentes secundarias como soporte a la teoría de que los trabajadores salitreros y la FOCh eran absolutamente predominantes. Éstos incluyen a James O. Morris, *Elites, Intellectuals, and Consensus*, James Petras, *Politics and Social Forces in Chilean Development*, Alan Angell, *Politics and the Labour Movement in Chile* y Arthur Lawrence Stickell, *Migration and Mining: Labor in Northern Chile in the Nitrate Era, 1880-1930*. Finalmente, esta visión ortodoxa ha sido difundida por autores de historias recientes acerca de los movimientos obreros de América Latina, especialmente Hobart A. Spalding, Jr., *Organized Labor in Latin America: Historical Case Studies of Workers in Dependent Societies* y Julio Godio, *Historia del movimiento obrero latinoamericano*.



Mapa 1. Chile.

res calificados dirigidos por anarcosindicalistas. Su influencia fue minúscula comparada con la de la FOCh y se restringía sólo a Santiago y Valparaíso. Artesanos que emigraron desde Europa fundaron y formaron parte del movimiento anarcosindicalista chileno, el que después de 1921 perdió hasta la más mínima influencia que alguna vez tuvo. Para esa fecha, la FOCh tenía cerca de cien mil miembros y continuaba creciendo, alcanzando su punto máximo en 1924-1925. El suicidio de Luis Emilio Recabarren en 1924, privó al movimiento obrero de su gran líder, pero el PC continuó expandiendo su papel de vocero de la clase obrera ganando seis asientos en las elecciones parlamentarias de 1925. El movimiento obrero fue reprimido por Carlos Ibáñez en 1927. Pero la FOCh y el PC, las dos fuerzas claves de la clase obrera en los años veinte, revivieron poco después que el dictador cayera en 1931, prosiguiendo con su tradición militante de las décadas anteriores.

Las conclusiones a las que se llegan en este estudio son básicamente diferentes a las de la interpretación anterior. En este estudio se sostiene que los trabajadores urbanos, especialmente los de Santiago y Valparaíso, fueron la fuerza motriz del movimiento obrero organizado en Chile a principios del siglo XX y que el papel de los mineros salitreros era comparativamente menor. Pese al predominio de la industria salitrera en la economía chilena, los trabajadores situados al final de la cadena del ciclo exportador no formaban la vanguardia de la clase obrera. Según parece, eran mejor pagados en términos reales y menos inclinados a organizar sindicatos y huelgas de lo que lo estaban sus trabajadores en las ciudades. Otros factores, como las largas distancias entre las oficinas salitreras y el estricto control por parte de los patrones sobre los trabajadores, debilitaron al movimiento obrero en la pampa salitrera y mantuvieron bajo el número de huelgas. Los sindicatos en las ciudades de la zona salitrera disfrutaban de mayor poder y estabilidad que aquéllos formados por mineros.

Desde 1902 hasta 1927 los anarcosindicalistas probaron ser el elemento más dinámico y exitoso de la clase obrera. Dirigieron el mayor número de huelgas, extrajeron significativas concesiones de los patrones, construyeron la más perdurable organización obrera y, desde la perspectiva histórica, fueron los pioneros en el surgimiento del movimiento sindical en Chile. Fueron los primeros en organizar sindicatos de trabajadores en la industria curtidora, panadera, constructora, minera del carbón, tranviaria, metalúrgica, marítima, del mueble, textil, tipográfica, del vestuario y tabacalera. Los únicos grupos importantes de trabajadores que nunca se organizaron fueron los del ferrocarril, comunicaciones, minería metálica, vidrierías y la industria de bebestibles. Los anarquistas chilenos tampoco calzan con la descripción hecha por muchos historiadores. Casi ninguno era extranjero, ya sea a nivel de liderazgo o entre los mismos trabajadores. Los anarquistas chilenos eran trabajadores, pero no del tipo "artesano", "semiproletario" o "neoburgés", como generalmente se

les acusa de ser. Algunos, como los electricistas, gásters, estucadores, sastres y pintores, tenían importantes calificaciones, las que les garantizaban sueldos más altos que lo normal. Mientras los trabajadores marítimos, obreros de la construcción, panaderos y trabajadores en las fábricas de calzado, no tenían preparación alguna. El hecho de que muchos líderes sindicales durante los primeros años del siglo XX proviniesen de oficios que necesitaban de cierta calificación, no es razón para definirlos como ajenos a la clase trabajadora. La impresión de que la mayoría de los trabajadores manufactureros de Chile laboraban en establecimientos de menor escala, también es falsa. La mayor parte de los miembros de los sindicatos trabajaban en la producción relativamente a gran escala, o eran empleados en importantes actividades del transporte y la construcción.

El movimiento anarcosindicalista en Chile no amerita su consignación al basurero de la historia. Como muestra Paul Drake en su excelente estudio sobre la política chilena desde 1932 hasta 1952, muchos líderes obreros anarquistas representaron un papel importante en la formación del Partido Socialista en 1933². La presencia de un activo movimiento anarcosindicalista en Chile hasta 1927 mantuvo vivo un espíritu antiautoritario, anticomunista y revolucionario, con lo que se reservó un lugar en la izquierda que más tarde sería ocupado por el Partido Socialista.

Los trabajadores chilenos no fueron dominados por un puñado de líderes obreros. Durante el período tampoco mantuvieron posiciones de liderazgo en los sindicatos los dirigentes políticos u otros grupos que no correspondiesen a la clase trabajadora. Aunque en Chile Luis Emilio Recabarren haya representado un papel importante en el establecimiento del Partido Comunista, y en fomentar la divulgación de la ideología marxista, su reputación como líder sindical ha sido sobreestimada. No se puede sostener que él organizó la FOCh o cualquier otro sindicato de importancia después de 1904. La clase obrera organizada anterior a 1927, no fue manipulada por unos pocos caudillos. Así como el movimiento sindical era altamente descentralizado y regionalista, también los modelos de liderazgo reflejaban altos índices de circulación y el predominio de la influencia de los líderes no se extendía más allá de un sindicato o una ciudad.

La FOCh tampoco merece la fama de ser el más importante o el único sindicato nacional en Chile antes de 1927. Este estudio mostrará que la estructura de la FOCh era regional y no nacional; que el número de sus miembros citados en otras investigaciones son sólo exageraciones; que la organización perdió su dinamismo al relacionarse más íntimamente con el Partido Comunista; y que los anarcosindicalistas la superaban en efectividad y entusiasmo.

La política tiene una menor conexión con el curso de la historia de la clase obrera de lo que se ha estipulado. El PD proporcionó un razonable repunte

² Paul W. Drake, *Socialism and Populism in Chile, 1932-52*.

a la organización de la clase obrera antes de 1907, pero luego de esta fecha perdió la mayor parte de su influencia entre los trabajadores. La mayoría de los trabajadores urbanos mostraba hasta 1925 muy poco interés, ya fuese en la política tradicional o en la política de la clase obrera, y el número de miembros del PC se mantuvo muy bajo durante los años veinte. Durante la República Parlamentaria la acción política ayudó pobremente a la clase obrera. Los partidos tradicionales agobiaban a los candidatos obreros y rápidamente cooptaban a partidos reformistas como el PD, una vez que éstos demostraban tener una capacidad significativa de captar votos y se mostraban sumamente desinteresados con respecto a los cambios socioeconómicos que demandaban los obreros.

Estas conclusiones indican que el desarrollo del movimiento sindical en Chile se diferencia en muchas formas de los otros movimientos latinoamericanos de principios de siglo. El crecimiento económico permitió que una clase obrera industrial tomara forma en Chile aproximadamente al mismo tiempo que en Argentina y Brasil, lo que trajo consigo que los trabajadores de estos países fuesen los primeros en organizar sindicatos. Otras organizaciones obreras de menor impacto se fundaron en México, Cuba y Uruguay en la primera década del siglo, mientras que la sindicalización en otros países de Latinoamérica no tuvo lugar hasta después de la Primera Guerra Mundial o, incluso, después.

El anarcosindicalismo fue la fuerza motriz que impulsó las organizaciones obreras en Argentina, Brasil y Chile desde 1900 hasta 1920³. Pero mientras las raíces del anarquismo en Argentina y Brasil descansaban sobre la base de grandes inmigraciones europeas, sobre todo de países como España e Italia que tenían importantes movimientos anarquistas, el crecimiento del anarquismo y de los sindicatos en Chile no se debe primordialmente a ellos. La numerosa presencia de inmigrantes anarquistas en Argentina y Brasil dio los primeros impulsos hacia una sindicalización de estos trabajadores, pero más tarde limitó severamente las posibilidades de éxito de estas organizaciones obreras. Aún cuando los extranjeros proveyeran de un liderazgo efectivo en los primeros días del sindicalismo, su extremado antipatriotismo y sus ocasionales actividades subversivas eran motivos suficientes para provocar la represión por parte del Estado. Los anarquistas chilenos eran más centrados en su comportamiento y no gastaban sus energías en infructuosas batallas, como la protesta de la Federación Argentina de Trabajadores en 1910, contra

³ Para Argentina véase Richard Yoast, *The Development of Argentine Anarchism: A Socio-Ideological Analysis*. Para Brasil véase Sheldon Maram, *Anarchism, Immigrants, and the Brazilian Labor Movement*; "Urban Labor and Social Change in the 1920s", pp. 101-16 y "Labor and the Left in Brazil, 1890-1921: A Movement Aborted", pp. 254-272. Para una comparación más detallada de Chile, Argentina y Brasil, véase: Thomas E. Skidmore, "Workers and Soldiers: Urban Labor Movements and Elites Responses in Twentieth-Century Latin America".

la celebración del Centenario; o la patética "revuelta" de anarquistas en Rio de Janeiro en noviembre de 1918. La ideología nunca motivó tan fuertemente a los anarquistas criollos en Chile como lo hicieron los extranjeros que lideraron las federaciones anarquistas en Argentina y Brasil. Algunas tácticas anarquistas, como la organización descentralizada, el rechazo a negociar disputas laborales con el Estado o someter a éstas al arbitraje foráneo y los boicot electorales eran prácticas regulares, pero en general las metas de los libertarios chilenos apuntaban hacia el sustento diario. No se prestaban voluntariamente para ser reprimidos como lo hacían los anarquistas extranjeros en otras partes de Latinoamérica. Las leyes de residencia que permitían el encarcelamiento y la deportación de extranjeros "subversivos" no servían de mucho a las elites chilenas para sofocar a las organizaciones laborales, mientras que en Argentina y especialmente en Brasil, el Estado ocupaba estas leyes para decapitar a importantes sindicatos. Dado que los trabajadores chilenos hablaban la misma lengua, compartían la misma historia y costumbres y venían esencialmente de la misma rama étnica y racial, los patrones no pudieron, como en otros países, sembrar la cizaña enfrentando a extranjeros contra nacionales o a blancos contra negros.

Por ende, el crecimiento interno y la naturaleza más práctica del anarcosindicalismo en Chile le permitió a este mantener su fuerza hasta ser purgado en 1927, junto a todos los sindicatos, por Carlos Ibañez. En Argentina, los sindicatos anarquistas dirigidos por extranjeros fueron expulsados en 1919 y la represión puso fin a la influencia anarquista en Brasil dos años después. Los anarquistas chilenos, en lugar de desaparecer completamente de la escena laboral o de transformarse en comunistas —como ocurrió en Brasil, Argentina y Cuba durante la década del veinte— se mantuvieron vigentes por algunos años. La supervivencia del anarcosindicalismo en Chile fue significativa, ya que forzó a las elites a adoptar un sistema formal de relaciones industriales. También mantuvo vivo un espíritu no comunista y a su vez un entusiasmo revolucionario, y proveyó al Partido Socialista de comienzos de los años treinta de líderes experimentados y militantes sindicales.

Los trabajadores chilenos mantuvieron vivo el anarcosindicalismo como una ideología o táctica por otras razones y por más tiempo de lo que lo hicieron los trabajadores argentinos y brasileños. La posibilidad de establecer un partido de la clase obrera capaz de una acción política efectiva a favor de los obreros parecía algo remoto para la mayoría de los trabajadores chilenos, al menos antes de la elección presidencial de 1925. Con un sufragio limitado y los partidos tradicionales usando el cohecho para manipular a los votantes de la clase trabajadora, ningún partido obrero podía esperar romper con este sistema. Además, los partidos elitistas aprobaron pocas "leyes sociales" no como reconocimiento a los esfuerzos de *lobby* por parte de políticos reformistas, sino como respuesta a presiones provenientes de la clase obrera en forma de

huelgas y protestas. Los trabajadores siguieron a los anarquistas una vez que llegó a ser claro que podían conseguir jornadas laborales más cortas, abaratar los arriendos, obtener el descanso dominical y otros beneficios, negociando directamente con los patrones o terratenientes en lugar de buscar ayuda en el aparato legislador. No fue sino hasta 1924, fecha en que se reformó el sistema de registro electoral y que importantes cambios en la política chilena dieron como resultado una elección bien definida entre un candidato oligarca y un genuino candidato proobrero en las elecciones presidenciales de 1925, que la política le ofreció algo a los trabajadores chilenos. Estos cambios llegaron precisamente en el momento en que elementos de la clase media buscaban un frente común junto a los trabajadores, y las leyes laborales de 1924 amenazaban la independencia de los sindicatos. Es en este período que muchos anarquistas pudieron haber reconsiderado su tradicional condena al actuar político.

A temprana fecha los trabajadores argentinos disfrutaron de mayores opciones políticas, hecho que en parte impulsó al movimiento anarquista de ese país a su decaimiento. La ley Sáenz Peña de 1912, que establecía el sufragio universal masculino, otorgó derechos políticos a la clase obrera local. Esto facilitó el camino para que el Partido Socialista reformista de Argentina lograra algunos éxitos parciales y, por supuesto, consolidara en 1916 la dominación de la política argentina en manos del Partido Radical. La apertura del sistema político argentino a la clase media y obrera entre 1912 y 1916 no tuvo paralelo en Chile y Brasil. En Brasil, las elites no solucionaron el problema obrero mediante la cooptación, sino que por medio de la represión y las deportaciones. Los sindicatos chilenos sobrevivieron a la oposición de los patrones y a la periódica represión gubernamental para llegar a estar más comprometidos con la ideología revolucionaria después de 1921.

Si bien el gobierno chileno ocupaba en ocasiones una fuerza mucho mayor a la ocupada normalmente en Argentina o Brasil para reprimir las huelgas y protestas de los trabajadores, a largo plazo tales represiones probaron ser inefectivas, debido a la estructura y tácticas de las organizaciones de obreros chilenas. La estructura extremadamente descentralizada y regionalista en la que se basaban los sindicatos no podía ser eliminada purgando una sola institución o partido. Debido al descentralizado liderazgo, el Estado también encontró difícil debilitar a los sindicatos por medio de unos pocos arrestos. Además, las elites chilenas mostraban desunión y renuencia al momento de reprimir a la clase obrera. Jugaron con una ley de residencia por quince años antes de aprobarla; trataron tíbicamente de hacer cumplir la legislación social y esporádicamente usaron la fuerza bruta para aplastar las huelgas, relajando en forma casi inmediata la tensión. Con todos los partidos buscando obtener los votos de la clase obrera dentro de un sistema político que se basaba en tenues coaliciones y alianzas sujetas a cambios frecuentes, ningún grupo polí-

tico ejercía suficiente poder como para dar origen a la completa represión de la clase obrera. La violencia dirigida en contra de los trabajadores probó ser desconcertante y políticamente dañina para aquéllos que la provocaban. Las leyes que resguardaban la libertad de expresión y de prensa protegían a los oradores y periódicos de la clase obrera, y un sistema judicial independiente hizo del encarcelamiento de los líderes sindicales, sobre la base de calumnias o cargos reales, algo más difícil de lograr aquí que en cualquier otra parte de Latinoamérica.

La naturaleza del movimiento sindicalista y del sistema político chileno a principios del siglo xx le aseguró a sus trabajadores ocupar un papel diferente en la sociedad de lo que lo harían los argentinos y brasileños en los años venideros. Los hombres fuertes de la política chilena, que abogaban por ideas populistas o corporativistas, no incluyeron a la clase obrera dentro de sus objetivos ni tampoco movilizaron al movimiento obrero como apéndice del Estado. Luego de haber aplastado en 1927 a las federaciones independientes, Carlos Ibáñez intentó crear un movimiento sindicalista patrocinado por el Estado, pero no logró generar respuesta alguna. Sin embargo, políticos autoritarios como Getulio Vargas, de Brasil, y Juan Domingo Perón, de Argentina, sentaron las bases de su poder principalmente sobre sindicatos que ellos controlaban y movilizaban con fines políticos. El número de trabajadores organizados se expandió dramáticamente en Chile durante los años treinta, aunque esta vez lideraban el camino partidos políticos de izquierda y no militares o caudillos populistas. La clase obrera permaneció independiente de la dominación del Estado, si bien la entrada en vigencia de las leyes laborales de 1924 con el tiempo limitó el papel de entidad económica que tenían los sindicatos. A fines de los años treinta, la relación política de la izquierda con la mayoría de los sindicatos llegó a estar bien consolidada y permanecería prácticamente sin variaciones hasta la caída en 1973 del gobierno de la Unidad Popular, liderado por Salvador Allende.

De todas maneras, el temprano desarrollo del movimiento sindical en Chile fue similar al acontecido en Argentina y Brasil. Como ya hemos visto, los tres países tuvieron fuertes tendencias anarcosindicalistas durante los primeros veinte años del siglo xx. Los sindicatos de trabajadores del transporte, marítimo, de la construcción y de la manufactura, en las ciudades más importantes de estos países, eran los más fuertes. La clase obrera organizada de Argentina se concentraba en Buenos Aires y, en menor grado, en Rosario, mientras que Rio, São Paulo y Santos, eran los centros donde se concentraba la clase obrera del Brasil. Santiago, Valparaíso, Iquique, Antofagasta y Concepción tuvieron la mayor concentración de sindicatos en Chile. En ninguno de estos casos, los trabajadores comprometidos en la producción de artículos esenciales de exportación (salitre, café, carne) formaron sindicatos que tuviesen alguna influencia. En cierto sentido, los trabajadores en los puertos salitreros

de Chile vivían y trabajaban en un enclave exportador, pero la mayoría de los trabajadores organizados en los tres países no estaban involucrados exclusivamente en el manejo de productos de exportación.

La actividad de los sindicatos llegó a florecer en Chile, Argentina y Brasil. Éstos aumentaron su número de miembros y llevaron a cabo oleadas de huelgas durante 1905-1907 y 1917-1920, cuando la economía de exportación de los tres países caminaba junto a las fluctuaciones de la demanda mundial de productos básicos. La inflación interna siguió patrones similares estimulando a los trabajadores a formar sindicatos y a declararse en huelga. En los tres casos, la represión estatal y el establecimiento de asociaciones patronales, corrieron en forma paralela a las movilizaciones de la clase obrera y a la actividad huelguística.

A diferencia de los antiguos estudios sobre las organizaciones de la clase obrera chilena y la mayor parte de los trabajos realizados sobre la clase obrera en América Latina, este estudio intenta entregar una visión “desde abajo” acerca de las relaciones industriales en Chile, enfocando la atención más en los trabajadores y sus sindicatos que en la política. De acuerdo con esto el estudio se divide en dos partes: la primera se ocupa de las condiciones de trabajo y de la clase obrera en las ciudades de la zona central y la segunda es una propuesta de periodización de la historia de los sindicatos y otras organizaciones obreras desde 1902 hasta 1927. La primera parte mostrará cómo influyó en el comportamiento de la clase obrera y en el crecimiento de los sindicatos la naturaleza de la industrialización en Chile, la distribución de la fuerza de trabajo en industria y por sexo, la capacitación laboral, la inflación, la vivienda, el alcoholismo y muchos otros factores. La segunda parte segmenta el desarrollo del sindicalismo en cinco períodos, separados por las grandes fluctuaciones en la economía chilena y en las inclinaciones en la intensidad de las actividades de la clase obrera, en lugar de concentrarse en hechos aislados. El descentralizado movimiento sindicalista en el Chile, anterior a 1927, necesita de un estudio que se base menos en instituciones que en masas de trabajadores, y más en la acción de la clase obrera que en las proclamasiones ideológicas de los sindicatos y partidos políticos.

Un análisis estadístico de las trescientas ochenta huelgas que tuvieron lugar en Valparaíso y Santiago en 1902-1908, 1917-1921 y 1925, períodos que encierran las tres olas de huelgas más importantes de esos primeros veinticinco años representa parte importante de este estudio. Dado que las huelgas eran la principal forma de acción económica usada por la clase obrera organizada, un informe detallado de cómo comenzaban, cómo eran llevadas a cabo y cómo llevadas a término, nos puede decir mucho acerca de los trabajadores y sus sindicatos. Esta evaluación del curso de las huelgas transmite una amplia impresión acerca del sistema de *laissez-faire* que tenían las relaciones industriales existentes en Chile antes de 1927.

Es importante definir algunos términos. A menos que se diga lo contrario, ‘urbano’ se refiere a las ciudades de Santiago y Valparaíso. Cuando se haga referencia a las provincias y distritos más grandes de Santiago y Valparaíso, se notará la diferencia. En este estudio el término ‘sindicato’ describe una organización de trabajadores cuyo fin último es el de negociar colectivamente con los patrones. No se hacen distinciones industriales con respecto al término, ya que algunos trabajadores chilenos estaban organizados por oficio y otros no. Para el caso de Chile antes de 1927, sociedades de resistencia, mancomunales, uniones, gremios, consejos FOCh, uniones locales de la IWW y federaciones industriales, son nombres dados a las organizaciones que este estudio califica de “sindicatos”.

Un ‘trabajador’ es un hombre, mujer o niño que realiza periódicamente trabajos manuales y cuyo pago se calcula por día, semana, mes o producción, y que necesita de poco o ningún capital proporcionado por el trabajador. Los términos ‘obrero’, ‘peón’, ‘gañán’, ‘jornalero’, califican dentro de esta definición.

En este estudio un ‘anarquista’ es la persona que ha expresado mediante el trabajo o la acción un compromiso con cualesquiera de las muchas ramas del pensamiento libertario⁴. ‘Anarcosindicalistas’ son, *grosso modo*, personas que participan en los movimientos obreros y que están convencidos de que los sindicatos son la fuerza motriz de la revolución social y la base para una nueva sociedad. ‘Libertarios’ y ‘libertarismo’ se intercambian libremente y son sinónimos de ‘anarquistas’ y ‘anarquismo’. En este estudio el término ‘socialista’ normalmente se vincula a personas o grupos como resultado de una autoidentificación. Las personas que se hacían llamar “socialistas” a principios del siglo xx en Chile, generalmente mostraban vagos deseos de socializar los medios de producción y no compartían la visión de Estado de los anarquistas. Un ‘comunista’ es, sin lugar a dudas, miembro del PC de Chile. Un ‘mutualista’ es miembro de una sociedad de socorro mutuo. Como adjetivo, el término describe a personas u organizaciones que se apegaban a la filosofía reformista de las sociedades de socorro mutuo.

⁴ Para una buena discusión sobre el desarrollo de la ideología anarquista y sus principios más importantes, véase James Joll, *The Anarchists* y George Woodcock, *Anarchism*.